

El santuario amoroso del héroe en la hora de Angamos



El santuario amoroso del héroe en la hora de Angamos



REVISTA MUNDIAL
Revista ilustrada peruana de publicación semanal que apareció en Lima en abril de 1920. Su director fue Andrés Avelino Aramburú Salinas y se imprimió en los talleres de la imprenta de "La Opinión Nacional". Fue una de las publicaciones que marcaron el nacimiento del periodismo moderno en el Perú, tanto por su diseño gráfico como por su contenido. Clausurado en 1931, sus archivos han constituido desde entonces en uno de los registros gráficos más importantes de la década de 1920 en el Perú y el mundo.

RESUMEN
En esta revista Mundial, el autor entrevista a la señora Dolores Cavero, viuda de don Miguel Grau Seminario, y brinda detalles de la personalidad del héroe de Angamos, como su humilde renuencia a vestir el uniforme de almirante o la caballerosidad que tuvo con los náufragos del *Esmeralda*.

PALABRAS CLAVE
Miguel Grau, Dolores Cavero, *Huáscar*, *Esmeralda*, Arturo Prat.

ABSTRAT
In the Review, the author interviews Mrs. Dolores Cavero, widow of don Miguel Grau Seminario, and gives details of the Angamos hero's personality, such as his humble reluctance to wear the Admiral uniform or his chivalry that showed to the shipwreck survivors of *Esmeralda*.

KEYWORDS
Miguel Grau, Dolores Cavero, *Huáscar*, Esmeralda, Arturo Prat.

Si no fuera porque la derrota de la guerra de 1879 lleva en el recuento de sus héroes y en el expurgo de sus hazañas lenitivo eficaz y resignación honrosa, qué tristes, qué desconsoladoramente amargas serían las páginas de aquel lúgubre párrafo de nuestra historia. Si Grau no hubiese perecido sobre la torre de comando del Huáscar, en cuyo centro se erguía audaz y dominador como la propia fama, si Bolognesi no hubiese hallado sepulcro duro y glorioso sobre el morro, si Alfonso Ugarte no hubiese rodado como figura de un mito antiguo al abismo tremante, si Leoncio Prado no hubiese asumido ante el castigo expiatorio de su gloria la actitud fría de un dios griego, hoy leeríamos con temblor cobarde el relato de esa pesadilla guerrera. Ellos son el reverso de la trágica medalla de ese ominoso capítulo de nuestra vida libre. Y así como el agua lustral lava del pecado de origen, el sacrificio de esos héroes y de todos los que cayeron en los desiguales combates y en las nefastas batallas da fulgor epopéyico al fracaso. Su muerte fue lábaro del horror de la mutilación y día vendrá en que sea bandera de la grande, la inmensa, la incontenible redención.



Ayer fue el aniversario de Angamos y al cotejo de la fecha llena de recuerdos de grandeza y de audacia sin horizontes, el espíritu nacional ha vibrado con un solo latido y con un solo corazón. La figura apuesta del viejo almirante de las redondas patillas negras ha surgido del viejo arcón de la historia y ha venido a situarse en el trajín bullicioso del día. Su nombre, el pormenor de sus correrías, sus hazañas de nelsoniano fulgor, sus gestos de espléndida generosidad, todo cuanto a él pudiera referirse ha saltado los muros pétreos del tiempo para estar presentes en la hora que pasa y en el comentario del momento. En estos dos minutos de silencio que la autoridad dispuso y que el país pedía, ha pasado la sombra del viejo marino suprahumano. Él iba por delante como en ese cuadro en que Napoleón sobre las nubes y las sombras van a la cabeza de sus legiones. Detrás venían Elías Aguirre, Manuel Carbajal, Elías Rodríguez, Enrique Palacios, cuantos lo siguieron en la ruta árida pero gallarda del sacrificio.

Angamos duró unas cuantas horas, pero el heroísmo de Grau y la captura del *Huáscar* continuarán miríadas de siglos, dentro de nuestro hogar y fuera de él. De mano de todos los grandes héroes que desde Troya, las guerras púnicas y la odisea napoleónica amontona el correr del tiempo, Grau paseará su continente grato por todas partes y por todas las comarcas como en las palabras de San Mateo, el evangelista.

En el día del patriótico rumor de la jornada de Angamos yo he querido singularizar el recuerdo de la portentosa efemérides. He buscado asilo que fuera nido tibio del recuerdo del héroe y lo he encontrado bajo el techo perfumado de leyenda de la casa en que fina sus días la viuda del almirante. Allí guardados en un relicario familiar están



los trofeos del marino insigne. Está la espada de oro y brillantes que las damas peruanas de Francia le obsequiaron como premio a sus sorprendentes correrías marinas, están las medallas que de innumerables ciudades le remitieron con amorosa devoción admirativa, están los anteojos que alguna vez calaron sus pupilas para avizorar en el mar la huella borrosa y negra de las chimeneas enemigas, están los álbumes en que firmas selectas de la América y corazones enardecidos le enviaban a manera de estimulantes abrazos por encima de las distancias, están sus retratos y están todos sus añorantes artilugios. Y para que la escena evocadora sea

***Grande héroe es el que siendo pobre se hace respetar como rico.*- Lozano y Casela.**



cabal está la viuda, la que compartió el tálamo con él, la que acarició sus cabellos y lo reconfortó en las breves y ligeras horas de tregua.

Doña Dolores Cavero tiene el noble sello distintivo de las augustas damas patricias. El peso de los años no encorva todavía su figura prócer ni descompone la brillantez de su cerebro. Va y viene por la estancia en donde mi visita se desliza, con desenvoltura juvenil. Cita episodios y determina fechas y nombres con sorprendente exactitud. Es amable, le retoza el espíritu, y al observar su indiferente majestad y constatar su bondadoso interior, brota arrulladora la idea de sus amores con el almirante.

«Angamos duró unas cuantas horas pero el heroísmo de Grau y la captura del "Huáscar" continuarán miríadas de siglos, dentro de nuestro hogar y fuera de él.»

¿Era de buen genio el héroe? —se me ocurre preguntarle a guisa de iniciación conversadora.

Un hombre fino como pocos. Dulce, suave, nunca lo vi descomponerse ni poner en la casa la nota grave de su desagrado. Pero, eso sí, en su barco era tremendo. La disciplina había de cumplirse a toda costa.

¿En qué época fue su boda?

El año 1867. El matrimonio se efectuó en Lima en una casa de la calle de Belén.

¿Qué graduación tenía entonces?

Era Capitán de Navío.

¿Y usted recuerda sus conversaciones íntimas a raíz de la guerra?

Él me decía que la causa del Perú no tenía muchas probabilidades de salir triunfante.

Cuando salió del Callao a sus extraordinarias y fabulosas correrías por el Sur, ¿no le daba a entender el temor de la caída?

Él repetía siempre que los pocos buques nuestros no podrían nunca sostener un combate con los blindados chilenos. Del *Huáscar* decía que era un insignificante buquecito.

Y sin embargo con esa nave insignificante asombró al mundo con sus proezas.

Pero murió en Angamos, y se perdió con su muerte y la captura del *Huáscar* la última esperanza puesta en la Marina peruana.

Antes de marchar a su último viaje, ¿no dio el Almirante señal de comprender la gravedad del peligro que corría?

Miguel sabía que la muerte iba tras de su buque. Me acuerdo que antes de su postrera salida del Callao se confesó, arregló todos sus asuntos y me entregó una carta cerrada, tomándome la promesa de abrirla solo en el caso de que dejara de existir.

¿Y esa carta?

Como él lo quiso, solo fue abierta al confirmarse la noticia de su caída en el combate.

¿Podría mostrarme ese precioso documento?

En ella solo había disposiciones de carácter familiar y poco interesantes, por lo mismo, para los extraños.

¿Cómo y cuándo supo usted la muerte del Almirante?

La primera noticia la recibí en mi casa de la

***Basta un solo héroe entre esclavos, para hacerlos hombres libres.*- Anónimo**



calle Lescano por intermedio de Carlos Elías. Al principio solo se me dijo que estaba herido, y poco después un ayudante del general La Puerta me informó oficialmente en nombre del Gobierno de la desaparición de mi esposo.

El día de la triste noticia, ¿quiénes estaban a su lado?

Mis hijos, mi madre y una hermana de Miguel.

¿Recibiría usted expresiones de condolencia de muchas partes?

Fueron tantas que no podría recordarlas. Venían las tarjetas de pésame de la República y del extranjero. Recibí álbumes, medallas, diversas demostraciones de adhesión a mi duelo.

Y de reverencia a la gloria del héroe.

Es cierto, porque todos me hablaban de él y de su heroísmo.

Cuando lo nombraron Almirante de nuestra pequeña flota, ¿se envaneció el bravo marino?

Él era muy modesto y más discreto. Jamás quiso poner al tope de su nave la insignia de almirante, ni aceptó usar el uniforme que le correspondía. Mi madre le obsequió una gorra cuya ornamentación respondía a su rango y él la dejó en Lima. Alguien le habló de la conveniencia de enarbolar en el *Huáscar* su insignia, pero él rechazó la idea porque juzgaba sin importancia ese detalle y porque le parecía infamante que llegado el caso de hallarse el monitor frente a la escuadra de los blindados chilenos, no pudiese empeñar, por su inferioridad, combate, igual y victorioso.

¿No le contaba el Almirante cuando regresaba de sus correrías algunos detalles de ellas?

Sí, con minuciosidad.

¿Le relató el combate con la *Esmeralda*?

Me refirió todo el episodio de esa refriega desde que ambas naves se pusieron a la vista hasta que, espoloneada, se hundió en el abismo la *Esmeralda*.

¿Qué le dijo de Prat?

Que al verlo caer sobre la cubierta del *Huáscar* descendió presuroso de la torre de comando, pero que en el entrevero de la lucha no pudo llegar a él con la presteza deseada y solo tarde, cuando uno de los tripulantes del barco acababa de victimarlo. Grau tomó la espada y algunas prendas de Prat y poco después, junto con una carta, las hizo poner en las manos de su viuda.

¿Conserva usted copia de esa carta?

De la de Grau y de la contestación de aquella dama, señora Carmela Carbajal de Prat.

¿Pero pudo el Almirante quedarse a guisa de trofeo con la espada del vencido?

También pudo dejar sucumbir en el mar a los náufragos de la Esmeralda, y si tal cosa no hizo y si devolvió aquella espada que le pertenecía, fue porque a su noble corazón le repugnaba el mal y le atraía la generosa esplendidez.

¡Qué hombre aquel, señora!

Admírese usted más. No solo salvó a los náufragos y cubrió sus cuerpos desnudos. También los recomendó a su amigo Aza, que fue quien recibió a los vencidos cuando se les internó en la sierra.

¿Quisiera usted permitir a Mundial publicar aquellas cartas?

¡Oh! Sí. Con el mayor placer.

Sus manos delgadas y breves envuelven ambos documentos y los ponen en las mías. De pie me despido y al franquear la puerta del dorado salón reparo en uno de sus ángulos en un soberbio retrato del Almirante que ocupa casi todo el alto de la pared. Al verlo, pregunto:



El santuario amoroso del héroe en la hora de Angamos

¿Es bueno por el parecido, ya que no por la calidad que se proclama sola, este retrato?

Es Miguel tal como era.

Pero este retrato lo muestra con las insignias de Almirante?

Fueron cosas del pintor, porque Grau no se vistió así nunca.

En el umbral la despedida se consuma. En la casa queda la ilustre dama rodeada de la amorosa memoria del héroe. Yo en la calle olvido el pasado y miro inquieto al presente y al ir camino de mi buhardilla periodística pienso con dolor, con angustia, con ira mal reprimida en que aún espera el héroe de Angamos el monumento que de fe de la gratitud de su pueblo, el monumento que tenga la grandeza correlativa a sus hazañas, el monumento que perennizando la memoria del estupendo marino exalte a la raza en cuyos senos bebió la vida.

